



Oficina de Comunicaciones y Prensa
Arzobispado de Lima

INVESTIDURA DE DOCTOR HONORIS CAUSA POR LA UNIVERSIDAD INCA GARCILASO DE LA VEGA

Cardenal Juan Luis Cipriani Thorne
Arzobispo de Lima y Primado del Perú

Lima, junio de 2008

Al agradecer el Doctorado Honoris Causa que esta noche se me confiere, no puedo menos que evocar la figura legendaria del peruano que dio su nombre a esta casa de estudios: el Inca Garcilazo de la Vega. Un hombre en el que confluyó no solamente la sangre quechua y española, sino también las tradiciones de la civilización de los incas con la cultura del pueblo ibérico. Su nombre nos recuerda que el Perú es un país mestizo por su sangre y por su idiosincrasia. Esta Universidad es una prueba de ello.

Mi segundo agradecimiento se dirige a la Facultad de Educación, cuyo decano se acercó a mi casa para darme esta grata noticia, ya que ha sido en sus claustros donde se originó esta distinción.

En esta breve intervención, rindo homenaje a la noble tarea que realiza la institución Universitaria, misión que está ligada y subordinada, por su propia naturaleza, a la "autoridad de la verdad".

En efecto, mantener despierta la sensibilidad por la verdad, debe ser el fundamento de todo proceso educativo. Por eso, la Iglesia no pretende imponer la fe, ya que ésta sólo puede ser acogida a través de la libertad. Con palabras del Santo Padre, la Iglesia sí "alienta a todos a respetar siempre las opiniones de los demás y a buscar, con espíritu libre y responsable la verdad y el bien". (Benedicto XVI)

Se trata de una aventura fascinante en la que vale la pena embarcarse, para dar nuevo impulso a la educación y la cultura de nuestro tiempo.

EDUCACIÓN EN VALORES DESDE LA FAMILIA

En este contexto de búsqueda de la verdad, quisiera expresar mi convicción de que hoy requieren una atención especial y un compromiso extraordinario los

grandes desafíos en los que la familia humana corre mayor peligro: opciones políticas y legislativas que contradicen valores fundamentales y principios antropológicos y éticos arraigados en la naturaleza del ser humano; en particular los que se refieren a la defensa de la vida humana en todas sus etapas, desde la concepción hasta la muerte natural; y a la promoción de la familia fundada en el matrimonio de un hombre con una mujer, evitando introducir en el ordenamiento público otras formas de unión que contribuirían a desestabilizar a la propia familia, oscureciendo su carácter peculiar y su insustituible función social.

A este respecto es importante notar que a diferencia de lo que sucede en el campo técnico o económico, en donde los progresos de hoy pueden sumarse a los del pasado; en el ámbito de la formación y del crecimiento moral de las personas no se da una posibilidad semejante de "acumulación", porque la libertad de cada hombre siempre será nueva y, por tanto, cada persona y cada generación tiene que tomar personalmente sus decisiones.

Por lo tanto, los valores más grandes del pasado no pueden ser simplemente heredados de una generación a otra, sino que tienen que ser asumidos y renovados cada vez a través de una opción personal, libre que con frecuencia cuesta.

Es por ello que podemos afirmar que, cuando se relativizan todos los conocimientos y se abandonan las certezas, como en estos tiempos, se tambalean los cimientos y faltan las verdades esenciales.

Surge entonces la necesidad de un consenso moral en la sociedad sobre los valores fundamentales y sobre la necesidad de vivir éstos con las necesarias renunciaciones que esto suponga.

Estos valores "pueden ser verdaderos únicamente si tienen un punto de referencia que los une y les confiere la verdadera autenticidad". Este punto de referencia es "la síntesis entre Dios y el cosmos. Es la figura de Cristo en la que aprendemos la verdad sobre nosotros mismos y también dónde situar todos los demás valores, para descubrir su significado auténtico". (Cf. Audiencia Plaza de San Pedro, 25.VI.2008)

Pienso que sólo de este modo se podrá afrontar con eficacia el peligro que corre el destino de la familia humana constituido por el desequilibrio entre el crecimiento tan rápido de nuestro poder técnico y el crecimiento mucho más lento de nuestros recursos morales.

LA ESCUELA CATOLICA EN EL PERU

Esto explica en buena medida el esfuerzo que hace la Iglesia Católica, desde el inicio de la Evangelización, hace más de 400 años, a través de la creación de Centros de estudios Superiores, de la red de los colegios religiosos y las escuelas parroquiales, de los colegios rurales de alternancia, entre tantas otras iniciativas, públicas y privadas, que merecen el reconocimiento social.

Quisiera finalmente proponerles un pensamiento que ha desarrollado el Santo Padre Benedicto XVI, en la carta encíclica sobre la esperanza cristiana: sólo una esperanza fiable puede ser alma de la educación, como lo puede ser de toda la vida.

Hoy nuestra esperanza es acechada de muchos modos y también nosotros corremos el riesgo de convertirnos, como los antiguos paganos, en hombres «sin esperanza y sin Dios en este mundo», como escribía el apóstol Pablo a los cristianos de Éfeso (Efesios 2, 12).

El educador debe ser, por tanto, un testigo optimista y alegre de la verdad y del bien: ciertamente él también es frágil, y puede tener fallos, pero tratará de ponerse siempre nuevamente en sintonía con su misión al servicio de la verdad y del bien.

Que Nuestro Señor Jesucristo, “Camino, Verdad y Vida” (Jn 14,6) nos guíe en esta fascinante tarea.

✠ Juan Luis Cardenal Cipriani Thorne
Arzobispo de Lima y Primado del Perú

Lima, junio de 2008